

JUEVES CINEMATOGRAFICOS

DE

El Dia Gráfico

NÚMERO 324

5 Abril 1934



La bellísima Sylvia Sidney, destacada estrella de la Paramount

ROSTROS FAMILIARES

Dentro de la Industria cinematográfica, existen infinidad de personas cuyos rostros son conocidos por millones de individuos en todo el globo terráqueo.

No importa por dónde viajen, estos famosos caracteres son inmediatamente reconocidos por el populacho, ya sea en las soledades de la Patagonia o en las más concurridas arterias de las metrópolis importantes.

Hay otros, empero, que si bien son famosos en todo el mundo y sus nombres son pronunciados y reverenciados en cada rincón de la tierra, pueden permanecer en medio de las muchedumbres sin llamar la atención; mezclarse entre sus admiradores y pasar, no obstante, desapercibidos.

Los hay que no podrían, ni a base de un ingenioso disfraz, pasar por cualquier lugar sin que las gentes los señalen, por haberlos visto y oído antes en diversos teatros, en las películas en las cuales han aparecido...

En los Estudios de la Metro Goldwyn Mayer, por ejemplo, hay los dos tipos de personajes a que nos hemos referido. Los que pueden viajar libres de la curiosidad popular y aquellos a los cuales es totalmente imposible pasar sin ser notados.

Jean Harlow, a causa de su cabellera famosa, el más perfecto color de platino que existe en el mundo, y a causa también de las inflexiones de su voz, no importa cuán ingeniosamente se disfraza con el auxilio de lentes ahumados, etc., es siempre reconocida por los que la ven en público. ¡Esos cabellos brillantes y hermosos, la delatan! Y ahora dirá el lector: «pues bien, con teñirse los cabellos, tiene la solución». Pero es que si Jean Harlow se tñera los cabellos ya no sería la misma. El público ha asociado hasta la labor histriónica de la pequeña actriz con el prodigio de sus cabellos de plata, y forman parte integrante y definitiva de su personalidad.

Marie Dressler tampoco ha podido jamás ocultar su personalidad a las multitudes. Bien es verdad que tampoco lo pretende, pues la veterana actriz gusta de las masas, de donde ella misma confiesa que salió.

Wallace Beery jamás escapa a la atención popular. Su tipo vigoroso y semblante definido, lo venden siempre, de manera que el actor sonríe y acepta su enorme popularidad. Solamente cuando sus nervios necesitan el reposo y la soledad, se va lejos, donde no haya un ser viviente, y se dedica a la pesca de truchas y a la contemplación de las inquietas ardillas. Pero el actor está planeando un próximo viaje a Europa, y le predecimos que aquí no existe un individuo que no reconozca inmediatamente su rostro y la curiosidad es proverbial.

En cuanto a Jimmy Durante, sería

labor inútil tratar de disfrazarse. Su labor prominente le haría traición. Jimmy también hace causa común con el populacho, así es que en vez de enojarse con ese órgano nasal que le impide deslizarse por entre las gentes sin ser reconocido, se divierte con la curiosidad que despierta entre sus admiradores, y de tal manera se ha acostumbrado a ella, que si alguna vez pasara por un lugar sin que una veintena de veces le señalaran su soberbia protuberancia nasal, el simpático actor se consideraría defraudado.

C. Henry Gordon, el actor de rostro cadavérico y pose intelectual, triunfador en tantas películas de importancia, es otro que no puede pasar inadvertido. Fuera de la pantalla, Gordon luce exactamente como en ella, a despecho del maquillaje. Cuando el actor no se siente inclinado a la curiosidad de sus admiradores, opta por quedarse en su casa tocando el violín, uno de sus pasatiempos favoritos, y su mujer atiende a las compras.

Entre los que no escapan a la curiosidad popular, se encuentran John Barrymore, Joan Crawford, Clark Gable, Robert Montgomery, Lionel Barrymore, May Robson y Lewis Stone.

Para poder descansar algún tiem-

Después de ser torero y ciudadano romano, Eddie Cantor será pirata

Nos dicen de Hollywood que el graciosísimo cómico Eddie Cantor, después de ser torero en el último film que de él hemos visto y ciudadano de la antigua Roma en «Roman Scandals» (Fiestas romanas), que ha conseguido un formidable triunfo en París, será pirata en su próxima película.

De cómo Anna Sten ha interpretado «Naná»

Hacia varios meses que Samuel Goldwyn buscaba un papel para que lo interpretara la estrella que a fuerza de dólares arrebató a los Estudios europeos, Anna Sten. Su tipo muy «vieux monde», pero original y un poco felino, no se adaptaba a los papeles que acostumbran a interpretar las estrellas americanas. Además, no es tampoco el modelo clásico de las «vamps» de la pantalla; pero tampoco es una ingenua. Goldwyn buscaba sin cesar y buscó mucho tiempo hasta que le presentaron un «scenario» de «Naná», según Emilio Zola. Aquel día, nuevo Arquímedes, si bien no exclamó «¡Eureka!», llamó a Anna Sten y la hizo efectuar una cincuenta de ensayos, al final de los cuales se declaró satisfecho.

po durante sus vacaciones, Norma Shearer y su esposo escogieron lugares poco concurridos de Europa, especialmente viejos rincones de Alemania y Escocia, donde al menos eran pocos los que rodeaban a la actriz famosa, ya que las comunidades eran pequeñas, porque tampoco Norma puede pasar sin que se sepa quién es.

Ramón Novarro y Jeannette MacDonald también encuentran serias dificultades en ocultarse a la admiración de los fanáticos que los conocen por sus innumerables películas.

Jean Hersolt, el gran actor de carácter, hizo un viaje recientemente, a su tierra natal: Dinamarca. Hacia veinte años que el artista no visitaba su país, pero a pesar de este lapso de tiempo, toda Dinamarca recordaba a Hersolt, y veinte mil amigos le esperaban para darle la bienvenida y conducirlo desde el puerto aéreo hasta su casa en Copenhague. De tal manera fué el entusiasmo de los dinamarqueses, que los primeros cinco días de estancia en su país, Jean Hersolt no pudo sentarse en paz con su familia, a una comida normal. Y por último, la policía tuvo que intervenir para proteger al actor del entusiasmo popular.

¡Dichosos los ídolos populares que pueden pasar inadvertidos por entre sus admiradores! Mae Clark es una estrella dichosa. Es tan diferente en persona a como aparece en la pantalla, que no encuentra dificultad en andar por las avenidas más concurridas, gozar de todos los espectáculos y mezclarse con las gentes como un ser «normal», sin que nadie le preste atención.

Myrna Loy es otra. Aunque perfectamente fascinadora en la vida privada, la bella actriz tiene a su favor un leve manto de pecas que le cubren el rostro y que, sin notarse en la pantalla, cuando está a la luz del sol la protege contra la curiosidad popular con la ayuda de un discreto sombrerito echado hacia los ojos.

Y Charles Butterworth, que jamás ha reído en la pantalla, ha encontrado el remedio de pasar sin ser notado, estereotipando en su rostro una sonrisa genial, que es disfraz absoluto que desconocen los que le admiran en el lienzo. En cuanto a Greta Garbo, es tan diferente en persona, como la noche del día. Los que la han visto en la pantalla no la reconocerían en la calle, y a esto contribuye Greta con un par de lentes ahumados, un traje, de decidido corte masculino, un sombrero vuelto hacia el rostro y una cualidad, atributo único de la estrella, que pudiera llamarse mágica y que le permite estar y no estar en los lugares, mixtificando así al público y conservándose libre de la exaltada curiosidad.

ROLIMA EMARE

EL BRILLANTE DEBUT DE ANNA STEN EN «NANA»

Era esperada con gran expectación la presentación en América de «Nana», por parte del público y de los propios elementos cinematográficos, pues representaba el debut de la nueva estrella europea Anna Sten.

Hace más de un año, Anna Sten fué llevada a Hollywood por Samuel Goldwyn, quien al verla en la producción alemana «Karamasov» se interesó inmediatamente por la fascinadora actriz rusa cuya magnética personalidad concentraba hacia ella la atención de los espectadores.

Convencido de haber descubierto una nueva y genuina personalidad para la pantalla, Goldwyn, con su característica audacia y desprecio por los obstáculos que se presentaban, firmó en sus propias convicciones, contrató a Anna Sten.

Ella no hablaba entonces una palabra de inglés, ni había hecho más películas que la mencionada. Por espacio de más de un año, Anna fué encomendada a varios profesores de inglés, dicción, baile, canto, drama, etcétera. Durante todo este tiempo, pocas fotografías de ella pudieron obtenerse y las tentativas de los periodistas para entrevistarla fueron vanas. Hollywood no comprendía a la nueva habitante de Cinelandia. Deseosa de mantenerse alejada de la bulliciosa vida de los artistas, desafiando la publicidad y el bombo que los otros ansian, Anna Sten, sin quererlo, se convirtió en el tema del día en todas las conversaciones de la ciudad del cine, y de allí trascendió, naturalmente, al mundo entero. Las revistas cinematográficas se disputaban el honor de publicar el primer artículo sobre la enigmática rusa, y no pudiendo obtener información alguna de fuente oficial, empezó cada cual a publicar sus propias conjeturas. El resultado de esto ha sido una enorme publicidad espontánea que vino a crear una expectación mundial por el debut de Anna Sten.

Ha sido después de meses de preparación, después de haber vencido numerosos obstáculos, de haber desechado Goldwyn una versión casi completamente terminada de un coste superior a 350.000 dólares, después de haber cambiado todo el reparto original de la película, con una sola excepción, Philipps Holmes, que «Nana», la formidable novela de Emilio Zola sobre la vida de una célebre mundana parisina, ha sido presentada a los públicos, ávidos de ver y juzgar a Anna Sten, la mujer que les ha traído intrigados meses enteros.

Y el debut ha llegado, y con él el triunfo de Anna Sten, la recompensa de los esfuerzos de Goldwyn y la confirmación de sus convicciones.

El film fué presentado en prueba privada ante los más destacados magnates de la cinematografía americana y los críticos más distinguidos

Darryl Zanuck, que se halla al frente de la producción de la «20th Century»; Irving Thalberg y Richard Barthelme, que entre otras personalidades asistieron a la presentación de «Nana», consideran a Anna Sten como el mayor ofrecimiento de Samuel Goldwyn. Carthy, el respetado crítico del portavoz de la cinematografía «Motion Picture Herald», dice refiriéndose a la nueva estrella:

«Anna Sten es, indiscutiblemente, la respuesta a la demanda general de una nueva personalidad en la pantalla, y «Nana» responde a la de un nuevo estilo en los films. La sorprendente fascinación magnética de Anna Sten, sus dotes naturales de artista y su talento para combinar el encanto sentimental con el realismo físico, indican que posee las cualidades que atraen al público. Promete tanto por propio derecho, que merece ser presentada al público exclusivamente por sí misma.»

Nuevamente es Samuel Goldwyn que tantas estrellas ha lanzado a la notoriedad, quien ofrece al público mundial una verdadera actriz en una gran producción, y nuevamente cabe a los Artistas Asociados el orgullo de ser los distribuidores.

Al Jolson, juzgado por un Tribunal de vagabundos

Al Jolson ha sido juzgado una vez por un Tribunal de vagabundos. Esto le ocurrió cuando encarnaba a Bumper, el protagonista de «Soy un vagabundo», film que presentarán en breve los Artistas Asociados. La escena fué filmada con acompañamiento de una orquesta de cuarenta músicos y con varias docenas de comparsas en el «set».

Aunque se trata de un interior exterior, es decir, de un exterior filmado en el Estudio, para reproducir el ambiente del Central Park neoyorquino se llevaron allí árboles y plantas en cantidad suficiente para que la escena no discrepase de los exteriores filmados cerca de Hollywood.

En «Soy un vagabundo», Al Jolson interpreta el papel de «alcalde del Central Park», por el consenso de vagabundos que allí vegetan y por haberles traicionado, trabajando y enamorado, cosas prohibidas por el código de los vagabundos, es llevado ante un Tribunal que ha de juzgar y castigar su conducta. Secundan al famoso actor-cantante, que interpretó el primer film parlante y que introduce en éste una novedad, la «música fotográfica», compuesta especialmente por Richard Rodgers y Lorenz Hart, la bella artista Madge Evans, Frank Morgan, los cómicos Harry Langdon, Chester Conklin y el «moreno» Edgar «Blue boy» Connor y otros varios actores.

Ronald Colman dedica a su biblioteca las horas de ocio

Las paredes de la biblioteca de Ronald Colman tienen un bonito color de piel. Unos toques de verde y unos pocos tonos de color rojo, rompen la armonía, pero el color y la impresión dominantes son las de los viejos libros, un poco descoloridos, como los pergaminos que el tiempo vuelve amarillos.

Un globo terráqueo completa el aspecto estudioso del retiro que se ha elegido Colman en esta tranquila habitación que se halla sobre una de las colinas de Hollywood. En el globo están señalados los viajes, realizados por el astro de la pantalla, y una máquina de escribir portátil, de aspecto usado, constituye la única evidencia de un mundo moderno.

Con la corbata Ascot y la imaculada indumentaria de un líder parlamentario que exigió su caracterización en «La máscara del otro», que no había aún abandonado, Ronald Colman pudiera haberse hallado en una de esas majestuosas mansiones llenas de vetustez de Portland Square, de Londres.

Encontrando su pipa enterrada entre los libros, Colman se instaló cómodamente. Su ceremonioso traje, el sentimiento inglés de que está impregnado el film del cual acababa de interpretar una escena, las hileras de libros que cubrían la habitación prestan su sabor peculiar a la entrevista.

—Sabe usted que a veces me pregunto por qué no he de pensar de los films del modo que pienso de los libros—dijo Colman, como pensando en alta voz—. Los libreros se quejan porque la gente no compra ya libros. Nadie quiere comprar un libro, leerlo y olvidarlo. Quieren libros para jactarse de haberlos leído o para que adornen su biblioteca, que honren a su propietario. Los compradores de libros los eligen hoy escrupulosamente. Algo así debiera poder decirse de los films. No debiera ser una simple cuestión de comprar una entrada y sentarse noventa minutos en una butaca. Debiera uno recordar el film, el cine y las demás circunstancias, para enorgullecerse de ello. Yo vi «El ladrón de Bagdad» en el Drury Lane, de Londres; «La caravana del Oregón», en el Vicker's, de Chicago; a Charlie Chaplin lo vi en el Strand, de Nueva York, y «El gran desfile», en el Astor. Y el «Capitán Drummond» (su propio film), recordaré siempre que lo vi en el Apollo Theatre, de Nueva York.

Creo que las circunstancias pueden combinarse y se combinan realmente para brindar al cinéfilo una experiencia para su corazón y su mente, una experiencia que ocupa un lugar preeminente en su memoria como ocuparía un libro en las estanterías de su biblioteca.

Colman contempló amorosamente, familiarmente, sus libros.



Sally Blane, protagonista del film «Consejero en amores», película de Artistas Asociados



El famoso actor Maurice Chevallier, que junto con Jeannette MacDonald están rodando «La viuda alegre», para la Metro Goldwyn Mayer



Dos escenas de la interesantísima película Metro Goldwyn Mayer, «La reina Cristina de Suecia», cuyos protagonistas son Greta Garbo y John Gilbert, secundados por Jan Keith, Lewis Stone y Elisabeth Young, cuyo estreno se anuncia para mañana



Llegar a ser sirviente de una estrella, es casi tan difícil como ser estrella

Llegar a ser sirviente de una estrella de Hollywood no es cualquier cosa. Quien aspire a lograrlo puede contar con que una Marlene Dietrich o un Gary Cooper, y lo mismo todos los demás grandes de la pantalla, eligen su servidumbre con esmero igual, si no mayor, que el que ponen las editoras de películas en la selección de sus actores. El caso es perfectamente explicable cuando se atiende a que, por lo común, la camarera o el chófer o el pardinero, llegan a ocupar en casa del que los emplea puesto de mayor significación y confianza que el que en rigor correspondiera al servicio que prestan. De donde resulta que el futuro patrón no omite diligencia para cerciorarse de que la persona a la cual va a tener en su casa entre en ella abonada por fidedignas recomendaciones.

El chófer de Marlene Dietrich, que aparte de ser chófer sirve, además, de escolta a la actriz y a su hija, María, sirvió en otro tiempo a lord Kitchener y manejó el automóvil del rey Alberto de Bélgica. Es hombre esforzado, muy capaz de habérselas con cualquiera y que, para mayor seguridad, lleva al cinto un hermoso revólver.

La camarera de Far West, es al mismo tiempo colega y amiga de la atrevida actriz, a la cual acompañó en varias escenas en la película «No soy un ángel». En la realidad de la vida, lo mismo que en esta producción Paramount, Libby Taylor, aparte de servir a su señora, la distrae con sus ocurrencias.

Miriam Hopkins dice que no tiene, ni tampoco quiere, sirvientes. Alice Boley, su camarera, es para ella una amiga. Otro tanto cabe decir del chófer, el jardinero y el resto del personal de la casa de la afable actriz, en la cual no implica diferencia de jerarquía la del oficio que cada uno desempeña.

Gary Cooper tiene un ayuda de cámara mejicano, un cocinero chino y un ex vaquero de Montana que hace de mozo de cuadra. Es hombre este actor que se preocupa poco por vigilar a quienes lo sirven, como lo prueba la circunstancia de que, sólo por terceros, llegara a enterarse de que su ayuda de cámara cuando quería contestar al teléfono sin que Gary Cooper estuviese en casa, despedía al que llamaba con un «¡Cállese!» (Shut-up) que, para el muchacho, poco enterado del inglés, resultaba un equivalente muy apropiado del «adiós» o el «hasta luego».

Al llegar a Hollywood, Dorothea Wieck tomó a su servicio una camarera alemana y un chófer que jamás había ocupado este puesto. El hombre resultó ser una de las víctimas de la crisis económica, al cual le había tocado en épocas mejores ocupar empleos de responsabilidad. Hoy ha ganado en categoría, y en sueldo, naturalmente.

ELISA LANDI TRABAJA AL LADO DE RONALD COLMAN

Elissa Landi, poseedora de un fino humorismo, se titula a sí misma «la superviviente de siete malas películas».

Nunca, hasta que fué oponente de Ronald Colman en «La máscara del otro», donde éste realiza una doble caracterización, se le había dado un papel que ella hubiese deseado vivamente interpretar. Elissa Landi quería encarnar la figura de Eva y le fué confiado este papel.

La bella artista de la pantalla, si no optimista es, por lo menos, filósofa. «Lo que pasa», dice Elissa, «es que no puedo ser clasificada tan fácilmente como les gusta hacerlo en Hollywood. No soy exótica ni original; aunque hayan tratado de clasificarme así desde que me hallo aquí. La versatilidad es un pecado en Hollywood».

Nadie duda que Elissa Landi es versátil. Hija de la condesa Zenardilán, de Austria, esposa de J. C. Law-

rence, abogado inglés, es poliglota, mezzo soprano, bailarina, actriz teatral experimentada y con una reputación internacional y novelista con su tercer libro «House for sale», en su décima edición, y tiene un cuarto libro en preparación, en el cual advierte que no se refiere para nada a Hollywood.

«Para esto se necesita perspectiva», declaró. «Yo no la tengo. Pero mi caso es corriente. Hay dos o tres buenos films cada año. No he tenido papel en ninguno de ellos hasta ahora. Quizás «La máscara del otro» rompa el encanto».

Hasta que empezó su labor en esta película, no había sido besada por ningún hombre con bigote, y dice que con el respeto debido a Ronald Colman, no le gustó mucho. Detesta principalmente a la gente que permite que les cuenten chistes que sobradamente conocen. Se describe a sí misma como una persona de esas que cuando se pintan los labios se manchan los dientes y hasta la cara.

Sus flores favoritas son las rosas, y las cultiva ella misma. Las quiere a causa de la «divina injusticia» de tener que matar una docena de capullos para obtener una rosa perfecta.

Le sabe mal tener que dormir ocho horas diarias, pero, no obstante, las duerme. Nunca se aburre. Le gusta observar a la gente y hablar con ella, pues cree que cualquier persona puede enseñar algo interesante. Siempre lleva joyas, generalmente exóticas, pero dice que prefiere las perlas. «Es porque soy perezosa y las perlas sientan bien con cualquier vestido». El haber escrito tres libros y trabajar de firme en el cuarto, parece desmentir que sea perezosa. Es también autora de una obra teatral y de numerosas composiciones musicales, una de las cuales, la «Sonata en fa menor», que ejecuta en «La máscara del otro».

Para ella no se concibe una buena comida sin caviar, gris y beefsteak. Le gusta prepararse ella misma la ensalada con vinagre, aceite y mostaza francesa. Dice que no necesita a los hombres, pero siempre tiene alguno cerca de sí. «Saben más que las mujeres», dice.

Le gusta nadar, con el traje más reducido posible, y, mejor, si puede, sin traje alguno.

Cree que no es capaz de sostener una conversación en tono ligero, y que no tiene suficiente agudeza, excepto cuando la ofenden. No es cierto, su humorismo es a veces cáustico. En Inglaterra lo negaban, pero en Hollywood saben a qué atenerse.

Puede dormir en cualquier momento, toma el té a las cuatro y cree que un abrigo de pieles le sienta mejor que nada, y es verdad. Le gusta a veces reír a sus anchas.

Juzgarán ustedes que es una interesante y excelente artista y estarán en lo cierto.

Constance Bennett en «Moulin Rouge»

A pesar de la tempestad de nieve que cayó sobre Nueva York durante una semana y de una huelga de taxis que, afortunadamente, duró pocos días, el film de la «20th Century» titulado «Moulin Rouge», por Constance Bennett, produjo fabulosos ingresos al teatro Rivoli.

Este éxito se explica, pues los diarios, revistas cinematográficas y magazines diversos, han coincidido en declarar que, desde que interpreta films parlantes, nunca habla actuado Constance Bennett de modo tan perfecto.

La estrella mejor pagada de Hollywood y la más elegante de Cinelandia, como está considerada, verá aumentada con este film su popularidad, que es extraordinaria ya actualmente, sobre todo entre el sector femenino del público.

Laura y Jim, un matrimonio de gente de color, sirven desde hace años a Toby Wing, su hermana Pat y a la señora Wing, madre de las muchachas. Tienen la costumbre de irse de la casa por temporadas, pretextando lo que a veces resulta cierto, que se les ha presentado una colocación mejor. Pero no tardan en volver, declarando que no habrá quien los saque de allí nunca más. Lo cual no es así, porque al cabo de algún tiempo vuelven a las andadas.

Gary Grant y Randolph Scott, que ocupan una misma casa en Hollywood, tienen un solo automóvil para ambos. En casos en que se les ofrezca a los dos hacer uso de él al mismo tiempo, resuelve la dificultad echando suertes para ver cuál de los dos ha de ser el favorecido.

Semblanza de Catalina Bárcena

¿Indiscreción? Tal vez. Lo que sí puedo asegurar es que no será elogio ni censura, sino un retrato espiritual, al modo de estas respuestas grafológicas, desconcertante por lo sincera, la semblanza que me propongo hacer aquí de Catalina Bárcena, actriz admirada de muchos y espiritualmente conocida de muy pocos.

Veamos:

Catalina Bárcena es...

Sana, fuerte, normal.

Odia por temperamento el snobismo y la "pose".

Idealista y soñadora a ratos, no pierde nunca el sentido de la realidad. A ella puede aplicarse la conocida metáfora: "El pensamiento en las nubes y los pies en la tierra".

Nerviosa, inquieta, hipersensible, apasionada hasta la impetuosidad, vibra como un arpa a la menor emoción, y, sin embargo, tiene un fondo de seriedad y equilibrio que es el secreto de su energía.

Ajena al virtuosismo, a la afectación, al amaneramiento, es quizá la única actriz que no habla nunca de sus trabajos, de sus inquietudes de su "oficio" en la vida familiar y de relación. Sólo es actriz cuando está trabajando.

Es valiente para arrostrar la vida sin prejuicios ni componendas. No se asusta del "qué dirán"; prefiere vivir de acuerdo consigo misma, según el consejo de Gracián: "Procure un varón respetarse a sí mismo y aun temerse". Por esto no miente nunca, por no negarse, aunque el decir la verdad la perjudique.

Muy indecisa al concebir un proyecto, pero incansable, obstinada, concienzuda y minuciosa al realizarlo. En este sentido es obrero ejemplar. No quiere esto decir que

sea perfecta, sino que llega siempre al máximo de sus aptitudes. Sobre todo es incapaz de dejar por pereza y fiada en la improvisación algún cabo suelto, el más leve detalle de su trabajo que ha sometido previamente al tamiz de la reflexión y del estudio.

Es muy reservada cuando no sabe con quién está tratando y luego efusiva, comunicativa hasta la ingenuidad cuando se halla entre amigos.

Tiene un defecto terrible, fundado en la viveza de su imaginación: es burlona, pero sin acritud.

No le interesan las piedras preciosas, caso extraño en la mujer. Sin embargo, posee una admirable colección de joyas y telas antiguas.

Muy cuidadosa de su persona, viste con distinción, nunca de un modo extravagante.

Su pasión son las pieles.

Y el campo. Un campo civilizado, el jardín, el huerto, las avenidas enarenadas de un parque silencioso, adonde no llegan los ruidos urbanos...

Su debilidad, quizá por haber nacido en Cuba, es lo exótico.

Su último rasgo, que casi comprende en sí toda la semblanza:

Catalina Bárcena es bondadosa, pero es aún más justa que buena. Su manía es la justicia.

Por eso como ofrenda, en vez de un madrigal, le enviamos la justicia de estas observaciones.

Por los «buenos días» los conozco—dice el conserje del Estudio Paramount, de Hollywood

—Aunque me pusieran unas gafas de cuero—dice George Shook, el conserje de los Estudios de la Paramount en Hollywood—, podría seguir en mi puesto y saber perfectamente a cuáles de las personas que llegan ha de dejárseles paso franco y a cuáles de ellas ha de dárselos el alto. Por el modo cómo dan los buenos días, sé yo quiénes son de casa y quiénes no.

Interrogado acerca de esto, George Shook pasa a explicarlo:

Carole Lombard, en vez de darle los buenos días, le dice invariablemente:

—¡Fuera de los bolsillos esas manos, y saque usted el pecho!

Marlene Dietrich y Fredric March, entran a paso ligero, sin decir esta boca es mía, aunque March suele hacer una ligera inclinación de cabeza.

Jack Oakie saluda escandalosamente con un «¡Hola, vecino!»

Claudette Colbert y Miriam Hopkins, nunca pasan de largo; han de detenerse a cambiar unas palabras con el conserje.

Bing Crosby, tras de un apresurado «Buenos días», dice, casi tarareando: «Aquí está el que las canta».

Mary Boland le pregunta muy apurada: «¿He llegado tarde?».

A Sylvia Sidney le anuncia antes de que llegue su risa fresca y agradable.

Richard Arlen le cuenta la última monada de su hijito antes de pedirle que le indique en cuál de los pabellones está trabajando el reparto en que él figura.

George Barbier y Alison Skip Zorth después de un jovial «¡Hola, conserje!», le dicen a George Shook: «¿Qué! ¿Es hoy día de pago?».

W. C. Fields, saluda acercándosele para ofrecerle un cigarro.

Gary Cooper da un «Buenos días» que más se adivina que se oye, y sigue muy serioso.

En cuanto a los comparsas y actores que desempeñan papeles secundarios, el conserje los conoce siempre por alguna particularidad, para percatarse de la cuál tendría ya que quitarse las gafas de cuero, naturalmente.

Todo ese mundo para el cual es el Estudio cinematográfico meta de grandes esperanzas, cuando no refugio de inolvidables desengaños, halla en el servicial conserje un amigo. Unos le piden consejos, otros le hacen confidencias, éste le ruega que se haga cargo de un paquetito o de una carta para alguien, aquél solicita su ayuda para salir, mediante cortísima suma, de un grave apuro o aprieto. Y el bueno de George Shook halla siempre el modo de captarse la simpatía de todos ellos.

Una de las funciones que desempeña nuestro hombre con más gusto, es el de no permitir la entrada a ningún intruso. No se recuerda ocasión en la cual haya logrado ninguno de ellos burlar la vigilancia del fiel conserje. Y esto es buena prueba de su eficacia y «ojo clínico».

75 electricistas trabajan en una escena de «La casa de Rothschild».

Una de las principales escenas de «La casa de Rothschild», el gran film de la «20th Century» para distribución de los Artistas Asociados, ha sido rodada en colores naturales por el procedimiento «Technicolor».

Esta decisión fue tomada por el productor para hacer resaltar en todo su esplendor el amplio decorado que representa la sala de la coronación del Palacio de Saint James.

Es curioso hacer notar que se necesitaron 75 electricistas para colocar las luces de este decorado, equipado especialmente para una toma de vistas en technicolor.

Durante esta escena, más de setenta intérpretes del film, rodeados de más de cien comparsas, evolucionan suntuosamente vestidos con trajes de la época de las guerras napoleónicas.

Una notable pareja, Frederick March y Constance Bennett

La «20th Century» prosigue impeterrita en su propósito de aumentar incesantemente la calidad e interés de sus producciones. Una nueva prueba de ello la constituye el hecho de que reúna a dos estrellas de gran prestigio individual, Frederick March y Constance Bennett, en una misma película, rodeándolas de actores tan notables como Fay Wray, Frank Morgan, Vince Barnett, Louis Calhern, Jessie Ralph, Ray Eton, John Futherford e Irene Ware. Este film se titulará definitivamente «La marca de fuego» en lugar de «The affaire of Cellini», como la comedia teatral de gran éxito de Edwin Justus Mayer, en la cual se basa el argumento adaptado por Bess Meredyth. El protagonista de la obra es el artífice italiano de inmortal fama Benvenuto Cellini.

El actor Randolph Scott,
en el jardín de su casa
de Hollywood



Hans Albers y Katy Von Nagy, pro-
tagonistas de la película UFA,
«Fluchtlinge»

